



Aplazar el olvido en un poema: Lauren Mendinueta

—
A. JULIANA ENCISO

*Esta vocación suspendida
a la que la mente, de la mano del oficio, me arrastró.*

LAUREN MENDINUETA

No hay nada más colombiano que anhelar un hogar en un país inherentemente roto. La necesidad heredada de hacer con los libros, postales, sabores, fotos de la primera casa abandonada, reinos para explicar a nuestros seres de dónde proviene nuestra manera de reaccionar a un olor, a una frase. Ser colombiano es crecer con la urgencia de irse para regresar a la historia personal bajo el filtro de la remembranza. En ese sentido, no habría poesía más colombiana que la de Lauren Mendinueta.

En los poemas seleccionados para esta antología, su escritura es una relectura de una de las utopías nacionales: “Yo era joven/ e imaginaba por entonces realizar un viaje definitivo/ sólo para intentar el retorno”. La herida que su escritura expone es la ambivalencia entre el imperativo de huir y la urgencia de permanecer, innata en muchos de nuestros relatos colectivos sobre el buen vivir colombiano. En Mendinueta, la insistencia de nombrar esta tensión es una analogía a la creencia nacional del futuro como el mejor remedio a la desesperanza y nuestra imposibilidad colectiva de reparar las causas del destierro y

la violencia primera. En pocas palabras los colombianos somos de esa gente que se va sin partir. Tal como lo afirma en “Intento de retorno”: “Si no regresé tampoco me fui, es cierto”.

Su escritura es un evento transitorio entre lo omitido y el decir que deja el trauma de la inmigración. Sus poemas plasman la tensión entre la piel en proceso de sanación y la tela cuando la lesión no ha sellado del todo y hay en los músculos la sensación de aire entre los bordes secos y las suturas. Es una migrante que vive en otra lengua, salta del país de su infancia al del español para terminar en el poema. Sin embargo, reconociendo “que ese país ya no es suyo”, que “regresa a lo que no conoce”, vuelve al Caribe para darle nombre a las sensaciones descritas en una estrofa. La voz regresa a los escenarios donde todo se prometió y la historia se hizo ruinas con el fondo de la violencia y los destrozos del salitre y el mar. En sus imágenes llegamos a una memoria que sigue húmeda y, sin embargo, hay algo de esa tibieza del trópico que invita a la conciliación con los afectos irresueltos.

No hablaré de su silencio, de su “economía de la metáfora” tal como lo observa Jon Juristi. Tampoco sobre su mundo poético ensamblado por imágenes finas como el polvo de los álbumes a los cuales se han referido vehemente William Ospina, Héctor Abad Faciolince y Ramón Cote Baraibar. Mencionaré más bien su disposición por aplazar el olvido en su poética; la insistencia de volver a la casa de su infancia con los cuartos llenos de gritos hace de su estética un camino hacia el conocimiento a partir del dolor. Y cuando digo dolor recuerdo la frase escuchada una y otra vez en las conversaciones con sabedores, monjes zen, sanadoras ayurveda (también los ascetas de la tradición mística española): quien escucha a su dolor encuentra las respuestas a sus búsquedas y miedos vitales. En el trabajo de Mendinueta la contemplación del dolor es una reflexión sobre el ser colombiano caribeño modelado por el sol y la desesperanza heredada como el amor al tamarindo.

Hace unos años nos daba mucha ilusión ser considerados uno de los países más felices del mundo. En Barranquilla las paredes amarillas eran motivo de orgullo porque éramos la ciudad más feliz, del segundo país más feliz. Pero la felicidad tiene sus grietas. Ser feliz implica olvidar el color de la voz personal y ajustarse, como quien se quita un brazo, a una caja de cemento. La poeta nos recuerda que más allá de la moldura sonriente del “cógela suave” hay dislocaciones, tejidos rotos que no se han podido sanar y que siguen irresueltos, aunque estén protegidos por el mito nacional de la familia extendida. Su guiño consiste en regresar al mito de origen (casa, finca, jardín, cuarto), y dejar espacios de pausa en sus poemas para que nuestras soledades colectivas afloren.

Si hay algo de lo que su obra da cuenta es sobre el carácter desintegrado de nuestra colectividad. Nuestra soledad natal, rodeados y rodeadas de seres que duermen junto a nosotros bajo el mismo apellido y roen sus odios privados en la mesa del comedor cada mañana —ya la habría dicho Rojas Herazo en otra parte—. Como escribe en “Álbum familiar”: “Los años poco fueron dejando: un álbum familiar anclado en un imposible presente/ evidencias de una familia/ que suele reunirse en fotografías y poemas./ Seis soledades, con sus seis soles, /que han de conocerse y desconocerse siempre”. No hay colectividad perfecta en su poesía. En su reticencia a la cicatriz de lo “feliz”, Lauren Mendinueta nos permite tener una visión mucho más honda de las contradicciones emocionales colombianas. Su terquedad de seguir nombrando álbumes familiares, países, postales del Caribe de la infancia es un esfuerzo por llegar al horror de donde surge nuestra obsesión por huir. En su poesía podemos comprender el porqué de nuestra necesidad. La urgencia de vivir a distancia y tomarnos fotos con abrigos y gorros de invierno para decirle a los extraños que triunfamos: estamos convencidos de que para amar mejor a los seres primeros de nuestra vida, pero en particular, al material que compartimos con las trinitarias caribeñas, hay que irse para finalmente nombrar y ser liberados y liberadas de la ira.

Como el verso del jamaicano Ishion Hutchinson: “The beauty of the trees stills her;/ she is stillness staring at the leaves”, la belleza de su poesía migrante se sostiene en su capacidad de contemplar en sosiego el filo que abrió su herida como prima, hija, hermana, madre del Caribe, así como las capas de su gozo como observadora del mundo. Es este reconocimiento contemplativo de lo particular lo que transforma su trabajo en álbum emocional del Sur Global hispánico inmigrante y en uno de los referentes más poderosos para todos los que tenemos como patria una lengua de soles ardientes.